

AÑO I.

La Unión Republicana

CADIZ.

SUPLEMENTO ILUSTRADO

PROPÓSITOS DE ENMIENDA

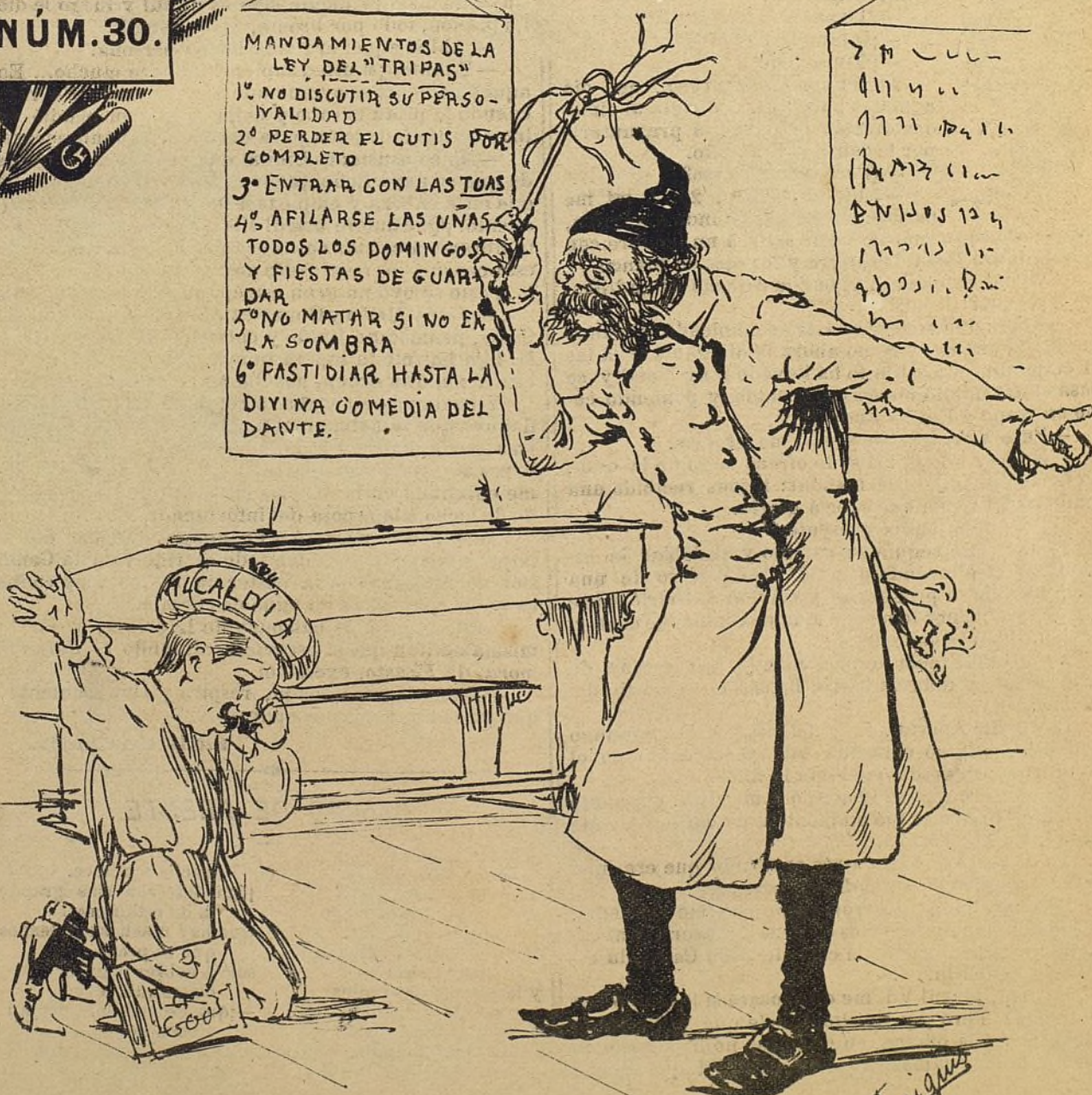
SUSCRIPCION, 50 CÉNT.
NÚMERO SUELTO, 15 CÉNT.

NÚM. 30.

MANDAMIENTOS DE LA
LEY DEL "TRIPAS"

- 1º NO DISCUTIR SU PERSONALIDAD
- 2º PERDER EL CUTIS POR COMPLETO
- 3º ENTRAR CON LAS UÑAS
- 4º AFILARSE LAS UÑAS TODOS LOS DOMINGOS Y FIESTAS DE GUARDA
- 5º NO MATAR SI NO EN LA SOMBRA
- 6º FASTIDIAR HASTA LA DIVINA COMEDIA DEL DANTE.

7º ...
8º ...
9º ...
10º ...
11º ...
12º ...
13º ...
14º ...
15º ...
16º ...
17º ...
18º ...
19º ...
20º ...



—Ya lo sabes, Ricardito,
por desobediente y malo,
de rodillas y sin postres
por no hacer lo que yo mando.

—¡Ya-no-lo-haré-más-maestro
y se-ré muy-buen-mu-cha-cho!
—¿Lo juras por mis patillas?
—¡Sí, se-ñor Don Edu-ar-do!

CÁDIZ 28 DE JULIO DE 1895

Balance



En buena hora sea dicho, pasaron pronto aquellos rigores municipales que tanta alarma causaron y y tantas protestas levantaron en la intimidad de muchas familias tranquilas y sosegadas de ordinario.

Había casa en la que desde la salida del sol hasta las diez de la noche no se oían más que gritos é imprecaciones.

—¡Tirano!
—¡Infame!
—¡Demagogo!

Algún curioso ó curiosa, que oía aquellas palabras, se dirigía al almacerero más próximo, á preguntarle por la causa del tumulto.

—¿Pero dónde es eso?

—Allí, en el núm. 25: á mí me parece que están matando á alguien, porque ahora mismo he visto salir á un hombre con toda la blusa llena de sangre y los ojos en blanco.

—¡Quí! Es que allí vive don Aniceto Higadillas.

—¿Y qué?

—Nada: que ese señor estaba empleado y nunca iba por la oficina: y como ahora le obligan á ir á las 11 en punto, la familia lo ha llevado muy á mal y se pasa el día dando mueras al alcalde, y poniendo como un trapo á Emilio Rodríguez,

—Pues Vd. dispense y muchas gracias.

—No hay de qué: si se le ofrece algo de la casa, no tiene Vd. más que mandar: hemos recibido una manteca del reino que sabe á gloria.

—Bueno, lo tendré presente.

Y la curiosa seguía su camino y al doblar la esquina oía otro escándalo en el piso tercero de una casa y volvía á preguntar y volvían á decirle sobre poco más ó menos lo mismo que acababan de contarle... y así sucesivamente.

Por mi desgracia he presenciado una escena de esta índole, y todavía no me ha salido el susto del cuerpo.

El día del Apostol, fui á felicitar á D. Santiago Ladrillín, antiguo conocido mío y empleado en el Ayuntamiento desde que tenía 14 años.

Lo primero que se apareció á mi vista, en cuanto abrieron la puerta, fué un montón de carne humana envuelto en una zalea.

Yo di un salto hacia atrás creyendo que era una perra de aguas de «tamaño doble».

Pero estaba en un error: y pronto me convencí, porque el montón de pelos empezó á moverse y al cabo de un minuto asomó la cara de doña Casta, la esposa de Ladrillín.

—¡Hola, joven! Vd. me dispensará si le recibo en esta forma. Pero ¡ay Luisito! Desde que á Santiago lo hacen ir á la oficina, en esta casa no hay gusto ni para hacer las camas. Aquí me tiene Vd. que anoche

me dió sueño y coji esta zalea, y tal como estaba me tiré en el suelo, y hasta ahora.

—¡Vaya, por Dios! ¿y D. Santiago, y las niñas?

—No sé ni por donde andan, porque yo ya he perdido hasta...

—¡Hasta la vergüenza! murmuré yo muy *piano*.

—Hasta las ganas de ver á los míos. De modo que no sé que será de ellos: es decir, mi Juliana salió anoche con el novio y creo que no ha vuelto, pero la chica estará en la cocina llorando ó haciendo solitarios.

—Pues les acompaño á ustedes en el sentimiento.

—Muchas gracias, joven: Vd. nos comprende y nos considera. Crea Vd. que lo que nos pasa es horrible. ¡20 años, sin ir á la oficina mi Santiago! ¡20 años, cobrando el sueldo, y ahora sin consideración á sus buenos servicios obligan al alma mía á almorzar á las diez como los albañiles! ¡Qué Ayuntamiento! Por supuesto, á mí, que no me digan. Allí no hay una persona fina ni que sepa distinguir. Se quiere parecer este alcalde á Castro el recién casado. Aquello si que era amabilidad y buenas formas: mire Vd. un día se encontró á mi esposo en la calle, y para mostrarle su aprecio y sus simpatías le dijo: ¡Hola sinvergüenza! ¡Valiente lapa es usted! y luego le dió un pisotón, todo por broma, ¿sabe usted?

—¡Ah! si aquel era muy buena persona.

—Y tanto: ¡si usted supiera! no hace mucho... En aquel momento se oyeron unos gritos como de rata cuando la pisan el rabo y doña Casta suspendió su interesante narración para decirme tranquilamente:

—No se asuste: es Linita que cuando se acuerda de que su papá tiene que ir al Municipio se pone una olla en la cabeza y empieza á llorar con mucho sentimiento. ¡Qué quiere usted! Mis hijas no pueden acostumbrarse á ciertas cosas ordinarias, y me temo que esta orden á los empleados nos va á costar cara.

A esto se oyó un gran estrépito como loza de rota.

—¡Jesús, María y González Abreu!—exclamó doña Casta, poniéndose lívida y corriendo á la cocina:—Mi hija ha roto la sopera nueva. ¿No le dije á Vd. que la maldita orden, nos iba á costar cara?

Y como yo empezaba á contaminarme de la chifladura que reinaba en el hogar de Ladrillín, mientras que la madre y la niña recojian del suelo los pedazos de sopera, me escabullí sin ser visto, llevándome enredada entre los pies la zalea que habia servido de lecho á la esposa del infortunado D. Santiago.

Al salir me encontré á un amigo que me dió la importante noticia de que todo el rigor de la Comisión de gobierno con la asistencia de los empleados se habia convertido en agua de cerraja.

Yo miré para los balcones de Ladrillín, y en la misma actitud que si estuviera cantando el *Salve di mora*, de *Fausto*, exclamé:

—¡Familia infortunada, respira y vive contenta, que ya se acabaron tus apuros!

Luis de Cádiz

CAMBIO DE FRENTE

Está visto, señores, que en esta tierra duran muy poco tiempo las cosas buenas, y los que ayer hablaban con entereza y hacían fieros alardes de independencia prometiendo justicia y otras lindezas, hoy resultan más blandos

que la manteca.
¡Qué desdicha más grande la de esta tierra! Que hay muchos empleados que se presentan solo á cobrar la guita en las quincenas: —¡qué escándalo!—decían á boca llena, ¡hay que obligar á todos sea el que sea!

pero... pasan dos días,
y el rigor cesa,
y todo vuelve al punto
que antes tuviera,
sin que nadie proteste
de la caterva
que poco tiempo antes
pedía guerra
y juraba comerse
como chuletas
al odioso cacique,
que nos marea.
¿Por qué tan raro cambio?
pues según cuentan,
porque los concejales,

gente muy buena,
han «caído» de pronto
en que así merman
el prestigio y buen nombre
y aun la decencia
del ilustre caudillo
que los gobierna.
—Pero,—dirán algunos
con inocencia—
¿y el bienestar de Cádiz?
¿y la miseria
que sufre noche y día
la clase obrera?
—¡Pues que la parta un rayo
ó una centella!

CELIPIN CENTENO

¡SUDEMOS!...

Si, lectores, sudemos y... abaniquémonos, que es lo mejor que podemos hacer en el actual momento histórico. Nosotros, desde el cuarenta de Mayo, nos hemos ido aligerando de ropa progresivamente; ¡pero que si quieres! ya no tenemos más que quitarnos, y seguimos en el mismo estado sudorífico; de manera que no sabemos qué hacer; si atrevernos a todo echándonos a la vía pública en estado de «Adanes primitivos», ó despachar nuestros asuntos metidos en una horchatera.

Pero entre estas dudas y cavilaciones, seguimos lo mismo; es decir, suda que suda.

Hasta ahora la familia de don Aquilino Cepillera, compuesta del matrimonio y dos retoños que parecen dos velas de esperma, es una de las que salen más frescas á la calle, según confesión propia.

—¿A que no sabe usted como vamos vestidas?—nos preguntaba hace días la mayor de las niñas.

—Con unos trajes de percal muy bonitos—le respondimos en el colmo de la galantería.

—Si señor, y muy baratos, pero, ¿vé Vd.? interiormente no llevamos ni elástica.

—Verlo, precisamente, no, pero «lo presiento».

—Así andamos más desembarazadamente y más frescas.

—Y economizan ustedes la ropa blanca.

Pero como todas ellas son calurosas de suyo, ni así dejan de sudar, y cada vez que le dan la mano á cualquiera parece que la acaban de meter en almibar.

¡No quiero pensar qué sería de las de Cepillera si se levantase de pronto un ciclónico!

Después de todo, las envidio, pues así viven dichas y casi en estado frigorífico; nosotros como no cometemos la locura de desnudarnos interiormente, por temor á los «aires colados» ó sin collar, nos concretamos á sobrellevar con paciencia los mismos calores que tanto «juego» dieron el verano pasado.

Así es que estamos metidos noche y día en un baño de sudor, como suele decirse, y por lo tanto no nos extraña que algunos sujetos recorran nuestras calles con paso torpe, el sombrero en una mano, el abanico en la otra, y con medio palmo de lengua fuera, como si hubieran concluido de leerle un discursito de Torres ó un soneto de Jove y Hevia.

Y eso que los calores que aquí usamos no son nada, comparados con los de ahí fuera; el otro día lei que en Sevilla disfrutaban de la *agradable* temperatura de ¡59 grados!!; y ahora se nos ocurre preguntar: ¿existe todavía, Sevilla? porque yo creo que con semejante calorito se habrán evaporado hasta las *transparentes* aguas del Guadalquivir.

Algunas personas llegan á la exageración con tal de no sufrir, por lo menos en parte, las calores que nos agobian.

Conocemos á un matrimonio de Cáceres, en el cual el marido por esta época del año abandona temporalmente el gorro de dormir, para colocarse en su lugar una heladora.

Lo cual, que, no es del agrado de su esposa, pues muchas mañanas se levanta con la cabeza llena de chichones, del tamaño de albaricoques, producidos por los golpes que se dá contra el endiablado aparato.

¡Hay individuos que nacen exagerados, de suyo; como hay quien nace para concejal, ó para poeta, ó para sudar el quilo, como le sucede á éste afmo. s. s. de ustedes,

José Jurado.

MENUDENCIAS

—Conque te casas?

—Me caso.

—La novia es guapa?

—Cabal;

y además de serlo, tiene buena posición social: su padre es del Municipio...

—¿Qué cosa?

—¡Municipal!

* *

¡DORMIR ES COBRAR!

Duerme el Jefe en la Oficina sobre un libro ó expediente; duerme el Oficial de enfrente, y el de la mesa vecina. Como el sueño contamina, también duerme el Meritorio, y el Ordenanza tenorio, y el Portero, en su sillón... ¡Porque la Diputación no es más que un gran dormitorio!

* *

—Tengo una novia, ¡qué novia! chico, una mujer divina... de azabache es su cabello dos rubies sus mejillas, de rojo coral los labios, sus dientes son perlas finas. los ojos son dos brillantes... —Pepe, cállate y no sigas, ó di más bien que por novia ¡tienes á una jayería!

P. Pinillos.

INSTANTANEA

FUGITIVA

La noche es muy oscura, y en medio de las sombras cruza el tren los campos como una serpiente negra que arroja á las trincheras los horribles resoplidos de su pecho de hierro y lanza de su encendida garganta luminosas chispas.

En el vagón, y á la luz oscilante y tenue de la lámpara, mira la fugitiva inmóvil y pálida á las dos niñas, dormidas, arrebujadas bajo sus abriguitos blancos, orlados por los rubios y ondulantes cabellos como por dos cascadas de luz.

Una niña se agita, se despierta, y con voz balbuciente dice:

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

La madre no la escucha. Está á la ventanilla queriendo descubrir en la sombra lejana algo muy deseado. Su respiración es fatigosa; la sangre golpea acelerada en sus sienes.

Por fin, allá á lo lejos, descubre varias sombras; un puente sobre un río, grupos de árboles corpulentos, un pequeño edificio y tres ó cuatro siluetas de gendarmes.

Es la frontera.

Entonces la corruptora infame, la negociante vil que convirtió el amor y la amistad en inmundo y vergonzoso tráfico, lanza un grito de júbilo, abraza á las dos niñas, y por fin... prorrumpe ya vencida en sollozos.

Carlos Christian.

MADRID

ANVERSO



Las oficinas del Ayuntamiento al día siguiente de haberse publicado la orden de que asistieran todos los empleados.

—Por la adjunción
se comprende...
¡que queda la sesión!

MADRID

REVERSO



Aspecto de las oficinas del Ayuntamiento á los dos días de haberse publicado la orden de que asistieran todos los empleados.

gracias

UN AVENTURERO

¡Qué bien viste el chico de las de Patines!
¡Qué corbatas gasta y qué calcetines!
¡Qué de ternos tiene y qué buenos son!
¡Cómo brilla siempre por su distinción!
No hay una muchacha que no lo prefiera...
¡Verdad que es el chico lo más calavera!...
El haría de fijo más de una conquista sino fuera el pobre tan corto de vista.
Pero se equivoca de un modo bestial, y cuando hace alguna siempre acaba mal.
Sigue a una modista con amante ardor, no vé, y la confunde con un aguador.
Se acerca a su lado de entusiasmo ciego y «¡Cómo me gustas!»

le dice al gallego; y éste que ha creído pesada la chanza le da con la cuba ¡en donde le alcanza!
Ayer que corría tras de una aventura confundió a una joven ¡con un señor cura!
Y una vez que el *padre* se alzó la sotana le dijo Patines:
—¡Olé, barbiana!!
Mas luego, notando que no le hacía caso, se acercó hasta el cura y le dijo al paso tras de una mirada bastante atrevida:
—¿Por quién llevas luto prenda de mi vida?

Si es otro cualquiera en vez de aquel cura ¡ya tiene Patines paliza segura!

Manuel Fernández Mayo.

SIN POLÍTICA

“PUR SANG”

—¿Pero es posible? ¡Tan joven, tan linda, y condenada a soledad perpétua! No. Clara; eso es un crimen de lesa juventud que yo he de evitar por cuantos medios estén a mi alcance. Hace mucho tiempo que la adoro.

—¡Galanteador! ¡Siempre el mismo!

—¡Oh! Crea usted en la sinceridad de mis palabras, porque pongo en ellas mi corazón, prisionero de sus encantos...

Todo convida al amor; la pureza del ambiente, la hermosura de este paisaje delicioso...

—¿Lo jura Vd.? ¿Me da su palabra de amarme siempre con ese fuego que parece abrasar el alma?

—Lo juro, Clara: ponga usted a prueba mi cariño, y se convencerá.

Y rodeando con un brazo la cintura de la rendida hembra, se internó con ella por las alamedas solitarias...

Marchaban unidos, tan unidos, que en los claros del bosque, allí donde el sol bañaba de esplendorosa luz la caldeada arena, sus dos cuerpos no hacían más que una sombra.

Luego se sentaron al pie de un árbol.

—Y... ¡perdóname estos celos póstumos, vida mía! —continuó él. Cuéntame la historia de tu matrimonio y de tu separación.

Ella hizo un mohín desvergonzado, y con calma, con una calma que daba frío:

—Hijo, una historia vulgarísima: ¿no la sabes? ¡Si en



aquellos días no se habló de otra cosa! Un marido celoso y descortés que no me dejaba vivir tranquila ni un instante.

—Pero el motivo, la causa, porque algo ocurriría...

—¡Ps! ¡Nada! Figúrate que una noche mi marido volvió a casa más temprano que de ordinario y se encontró de visita a un primo mío, creelo, un infeliz, incapaz de matar un pajarillo.



Mi señor esposo «nos hizo» una escena horriblemente cursi... y al otro día entabló la demanda de divorcio. Otra necesidad.

—Oye... Y... ese primo tuyo, ¿vive aquí, ó en otra parte?

—¿Quién se acuerda ya de eso? Marchó a un pueblecito de la provincia, y viene a verme de muy tarde en tarde.

—¿Eh? ¿Que viene a verte?

—Si, hombre; pero no pongas esa cara feroce, que me asusta. Vive tranquilo: jamás quise a mi primo, ni le concedí el más mínimo favor.

—Pero entonces ¿aquellas visitas, aquella constancia... el jugarte la reputación?...

—¡Tonto! Joven, casada, con buena posición social y con mérito... estaba en ridículo sin un amante, y lo inventé.

—¿Qué horror!

—¿Y qué quieres hijo? si cuando yo me casé... ¡eso era moda!

Y luego por lo bajo, como hablando consigo misma, murmuró:

—¡Lástima que se hayan cambiado los figurines!

Julio 27, de 1895.

JOAQUÍN NAVARRO.

LAMENTOS

—Vamos; cuéntame tu pena y no te apures Ramón:

creelo; me da compasión de que vaya a verte Elena triste y cariacontecido.

¡Tú, tan amante del arte! ¿por qué, dime, has de apocarte y has de estar tan afligido?

¿No te han concedido premio en el último Certamen?

¿Sufrió quizás otro examen tu nuevo cuadro *El Bohemio*?

—Es inútil que te afanes: no di importancia a ninguna de esas cosas: solo una echa por tierra mis planes.

—Cuéntame por Lucifer...

Mira que lo tomo a broma —Es una pensión en Roma que yo quisiera obtener...

—¿Y es eso lo que te apura, y te aflige y te entristece?

que no me quieres parece...

¿A qué sufrir tal tortura teniendo un amigo en mí de verdad? ¿Quieres que vaya a ver al Marqués del Haya y se interese por ti?

¿No me respondes? ¿qué dices?

¿Existe acaso algún ser a quien hagas padecer marchándote a esos países?

¿No te crees con suficiente

talento para cumplir
la misión conque has de ir?
¿Cuál es ese inconveniente?
Ya me tienes en un potro;
¿Por qué no la has de obtener?
—Pues muy claro: porque ayer...
¡se la dió el ministro á otro!

A. Girau.

DE VUELTA DEL VIAJE

—¿Cómo? ¿Gorviste ya?
—Pus qué ¿te asombria?
¿U creerás que de Ceuta no se vuelve?
—Como no he recibido cartas tuyas
lo menos en seis meses,
lo cual que no me extraña en tu caráster.
—¿Por qué?
Pus por lo puerco que has sío siempre,
lo mismo que tu padre que Dios haiga,
si es que van á la gloria toos los bueyes;
aunque me se figura, que no hay caso.
—Cuidao con lo que hablas, Benavente,
que te vas muchas veces de la lengua,
con aquel que te admira y que te quiere,
y está mal, que me mientes la familia,
tanto más, cuanto semos, ú parientes,
ú cuasi hermanos; no porque mi máma
conozca á tu papá, personalmente;
sino, porque una vez cogió á la tuya
y le dijo unas cosas que te ofenden
de mi padre y tu madre.
—Cayetano,
no iznoro lo bocón que has sido siempre
y que cuando no encuentras argumentos
con que tapar la boca de la gente
que habla de ustedes, vás, y le ojesionas
con las patas de atrás.
—Pero...
—Si quieres,
que concluígamos bien, vente á la tienda
de Concha, que yo tengo pa tí, siempre
media caña pagá, y hasta un cigarro
de puro ú de papel.
—No las merece.
Me tomaré la media y el cigarro.
pero es si te lo juegas diznamente
a la ronda, ú al mús.
—Pus venga.
—Adentro.
—¡Montañés!
—Haz favor, tú, Benavente,
de asentarte lo mismo que los hombres
y no ttrao en el banco y con los pieses
encima de la mesa; que no pueo
ni respirar cuando hace tanta peste.
—Pues güele aprisa, pa que acabe pronjo.
—Lo que no tiés es lacha, me parece.
—No te enfades.—Juguemos.
—No, no; espera
que allí va la Manuela, y no es decente
que la deje marchar sin saludarla.
Adios.
—Escucha; ven: No seas silvestre
y espera otra ocasión más oportuna,
que te es mu facil verla si tú quieres,
si te vas á mi casa.
—¿El qué? ¿En tu casa?
—¿Y por qué?...
—Porque le hablo hace dos meses.
—¿Que tú le hablas?
—Cabal; como lo oyes.
—Pus entonces, mañana voy á verte.
—Es que estoy trabajando hasta las ocho.
—No hay cuidiado, yo iré entre seis y siete.

Pio Paz.

Retazos

Lo del día.
Martinez Campos ha dado órdenes para que no circulen por la isla de Cuba destacamentos españoles de menos de 500 soldados.
Verán ustedes ahora, como los maliciosos,—que nunca faltan—van á decir que al general no se le ha ocurrido disponer eso hasta que él se ha visto en peligro.
¡Hay cada mala lengua por esos mundos!

Como yo he de morir pobre
y con muchísimas trampas,
dejaré en mi testamento,
que las pague esa serrana.

COLERIN.

Pacotilla.

Se ha creado en Gracia y Justicia una sección de *Estadística y Culto*, con categoría de dirección general, que desempeñará el señor Pons.

Ya ha resuelto el señor Romero Robledo el problema de dar colocación á todos los amigos.

Crea una sección para cada uno y en paz.

Y ya no le vale decir que ya no tiene destinos.

Le objetará con razón
alguno sin miramientos:
—¡Pues cree usted una sección
de *Timos y Testamentos*.

Morenilla no me llores,
Que el que á la guerra se marcha
Si vuelve, vuelve con gloria,
Si no, la lleva ganada.

No me beses, madre mía,
Si al regresar no te enseño
Unos galones dorados
Y una oreja de Maceo.

GUILLERMITO.

Charada.

Si *primas* dos á cogernos
el *todo*, en nuestra carrera,
no queda para salvarnos
otro medio que á *dos tercias*.

Solución á la del número anterior:

MADERO

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Perruqueti.—¡Conque se ha puesto usted al habla con la señorita C. Ll.! ¡Vaya, no sabe usted lo que me alegro! Así las tonterías vienen por partida doble: ¡qué felicidad!

Tres en uno.—Voy á copiar *literalmente* uno, para que no diga usted que no soy condescendiente:

*Siento la vida volar
siento el corazón latir
y siento que tú te vas
cuando te alejas de mí.*

¡Qué lástima que no *sienta* usted de camino los síntomas del orin dulce!

Colerin.—De los constantes es el reino de los cielos. Hoy va un *cantar*. Algo es algo.

P. Pinillos.—Hoy me «siento» Romero Robledo; queda usted por lo tanto nombrado en propiedad jefe de sección. Le he reservado la de *Menudencias*, ¿Le gusta á usted el destino! Ahora, no la acepte, ¡y me luzco!

Retaco.—Si yo publicara eso, crea usted que se perdía al instante la isla de Cuba; y comprenderá que eso es una falta de patriotismo, imperdonable.

Triquitraque.—Sirve todo y se publicará pronto.

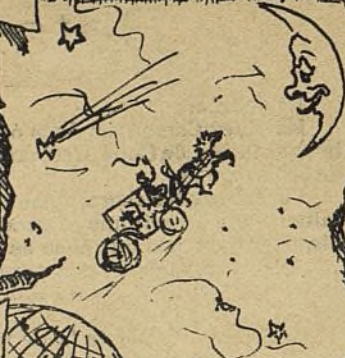
Imprenta de La Unión Republicana

CANTARES EN ACCIÓN



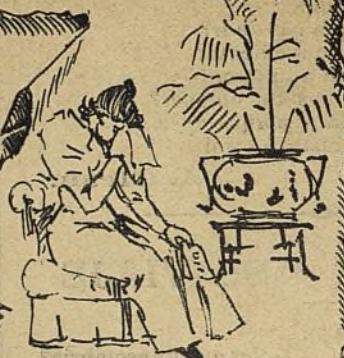
—Y cuando me muera
ya sabes mi encargo,
que me laven la cara con vino
de Aranda y Navarro.

Ancha, 7 (Depósito.)



El que quiera ver la luna
que se lo diga a Cabello,
y lo llevará en berlina
en dos minutos y medio.

Ofics. (Frag. y P. de S. Antonio.)



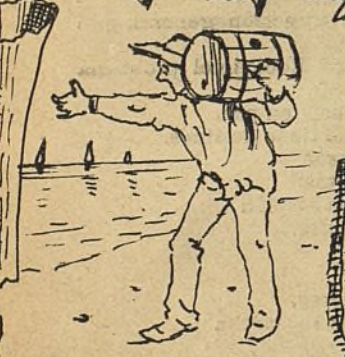
—Permita el demonio
que Aurelio Moreno
no le haga más ropa, en castigo
del mal que me ha hecho.

Columela, Sastrería.



—Evangelios; primer tomo
y dice en el San Mateo:
no hay mejor pan que el que en
Cádiz,
fabrica el señor Merello.

Diego Arias y Rosario 27.



Fui al mar por amontillado
y me respondió la mar:
—Si lo quieres de primera
vé a casa de Ruiz Pomar.

Vargas Ponce y Amargura.



Como el sol no alumbra ya
porque está viejo y caduco,
van a poner en el cielo
una sortija de Estrugo.

Juan de Andas, 24.



—No te quiero ver llorar
ni te quiero ver tan triste,
mañana mismo te compro
una máquina de Singer.

Columela (Depósito.)



—Y dijo mi defensor:
—Yo defiende a un inocente,
y hay que reparar en qué
lo viste Plácido Verde.

S. Francisco y S. Barcáiztegui.



—¿Cómo quieres que te quiera,
si ya en casa de Tovia
no compras blondas ni telas?

Columela y Verónica.



—Hoy me supe la lección,
y me han regalado, madre,
esta botella de vino
de la marca Hijos de Blazquez.

Novena 2 (Escritorio.)



A la reja de la cárcel
no me vengas a llorar,
y tráeme un par de zapatos...
Del Louvre?

—¡Pues claro está!
Sacramento y O. Urquinaona.



—Voy a morir; sólo quiero,
¡oh mundo que así me olvidas!
que me entierren en un féretro,
de los de casa de Oliva.

Murguía y San José.

SUPLEMENTOS ILUSTRADOS

á «La Unión Republicana»

Director literario: ANGEL GUERRA.—Director artístico: FRIGIUS,

Los Suplementos ilustrados constan de ocho páginas: cuatro de texto y cuatro de dibujos de actualidad, etc.

Se publican todos los domingos

Precio de suscripción: 50 céntos., al mes.—Número suelto, 15 céntos.—Fuera: 2 pesetas, Trimestre adelantado.

Es el periódico ilustrado más barato y de mayor circulación de Cádiz